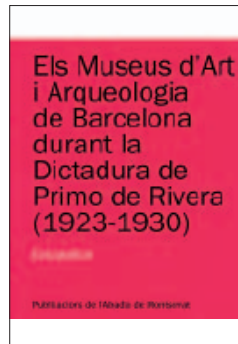


Eva March

*Els Museus d'Art i Arqueologia de Barcelona durant la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*

254 págs. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Textos i Estudis de Cultura Catalana, 164, 2011  
ISBN 978-84-9883-360-7



ISABEL VALVERDE

La disciplina de la historia del arte tiene objetos de estudio que no están confinados en el círculo restringido del artista y sus obras; entre estos objetos antaño atípicos se hallan las instituciones del arte. Es saludable la vitalidad actual de las investigaciones sobre museos y exposiciones, coleccionismo y mercado del arte, talleres y academias –en definitiva, sobre las instituciones donde toman forma los discursos y las prácticas artísticas, aquellas responsables de producir, preservar, discriminar y diseminar lo que ha sido socialmente legitimado como arte. Estas instituciones están siendo estudiadas en la relación dialéctica –y no meramente mecánica– que establecen con la esfera pública. En concreto, el interés historiográfico por el museo y la exposición parte de su reconocimiento como dispositivos ideológicos, hermenéuticos y epistemológicos propios de la modernidad.

Las contribuciones a la historiografía sobre las instituciones artísticas catalanas y sus agentes, en particular los museos, han sido importantes en los últimos veinte años. Destaquemos, entre muchos otros, la publicación reciente dedicada al centenario de la Junta de Museus de Catalunya (2008), en la que también intervino Eva March. El periodo entre 1891 y 1923 ha sido objeto de las hoy indispensables monografías de Andrea García Sastre (*Museus d'art, antecedents, gènesi i desenvolupament fins a l'any 1915*, 1997) y María Josep Boronat (*La política d'adquisicions de la Junta de Museus. 1890-1923*, 1999). El estudio de Eva March toma el relevo de tales investigaciones al cubrir la etapa siguiente. De ahí la oportunidad de su trabajo, que viene a colmar un vacío en el conocimiento de las instituciones museísticas de Barcelona.

La monografía de Eva March responde punto por punto a lo que anuncia su título. La autora analiza, con rigor y sistematicidad, la creación, el desarrollo o en su caso la transformación de los museos de arte y arqueología durante los años de dictadura de Primo de Rivera, entre 1923 y 1930. Es uno de los méritos más inmediatos de este trabajo haber logrado estructurar de forma coherente y racional, en una edición impecable, la ingente cantidad de datos y documentación que ha manejado durante su investigación, y ello resulta perceptible con sólo recorrer el índice del volumen.

Una extensa introducción de casi cuarenta páginas repasa los antecedentes de las instituciones museísticas bar-

celonesas desde su nacimiento hasta 1923. Centrada ya en el marco cronológico de este libro, la autora aborda sucesivamente los proyectos más relevantes de la Junta de Museus: el Museu de la Ciutadella (Museu d'Art decoratiu i arqueològic) y el Museu d'Art contemporani, inaugurado en 1925 en el Palau de les Belles Arts, además del Pavelló Regi del Parc de la Ciutadella, donde se trasladan la biblioteca y el departamento de grabados y dibujos, y finalmente del Museu del Teatre. Otras iniciativas en las que la Junta de Museus participa indirectamente también son analizadas, como es el caso de las publicaciones y la restauración de obras, y sobre todo su participación en la Exposición Internacional de 1929. Los capítulos que cierran el volumen están dedicados a las distintas modalidades a través de las cuales las colecciones de los museos pudieron ampliarse en aquellos años, ya fuera por medio de adquisiciones, donaciones, legados o depósitos.

El planteamiento que distingue a este trabajo reside en la centralidad conferida a las instituciones, la Junta de Museus en concreto, como objeto de estudio, obviando en la medida de lo posible el protagonismo de los actores individuales, figuras con un peso tan relevante como el que pudieron tener a lo largo del periodo estudiado Pijoan, Folch i Torres, Llimona o Puig i Cadafalch.

El trabajo de Eva March se ciñe al marco cronológico de la dictadura de Primo de Rivera, que asume, en consecuencia, como referencia política. Como ella misma señala, este es, en la vida de las instituciones museísticas, un momento crítico, diferenciado del que lo precede y del que lo sigue, cuyo impacto en la vida cultural catalana fue cuanto menos profundamente ambivalente. Frente a los años de la Segunda República, este es acaso un periodo menos gratificante para el estudioso, quien se enfrenta a menudo con el estancamiento, cuando no la paralización, de un impulso modernizador que solo se recuperará con la caída de la dictadura.

La vinculación entre el contexto político y las actividades de la Junta de Museus, una continuidad entre arte, museo y política –en este caso de signo marcadamente anticatalanista– son argumentos muy presentes en el texto de Eva March. Las discrepancias entre las instituciones implicadas en la administración de los museos de Barcelona, en especial entre el Ayuntamiento y la Junta, relativas a la cesión de espacios y su acondicionamiento y a los entorpecimientos que suponen dilaciones e incluso interrupciones de proyectos, están puntualmente reseñadas en el estudio –véase sobre este particular la suerte de los proyectos museográficos de Puig i Cadafalch, Josep Llimona y Folch i Torres. Del mismo modo, Eva March repasa por menorizadamente las divergencias en el seno de la Junta y las postergaciones en la toma de decisiones, a la vez que pone de relieve las tensiones explícitas –de orden ideológico, ante todo– fruto de la precaria legitimidad de la composición de este órgano. La autora resalta la injerencia de lo político en episodios tales como la destitución de Folch i Torres en 1926, las dimisiones y renunciaciones prácticamente forzadas seguidas de sustituciones por vocales afectos o, en otro orden de cosas, el estrangulamiento económico por la retirada de recursos o las trabas administrativas, como la dilación en la aprobación de los estatutos de la

Junta. Sin embargo, a pesar de este contexto adverso, iniciativas de gran relevancia puestas en marcha en etapas anteriores vieron la luz precisamente en esos años grises: la inauguración del Museu d'Art Contemporani y la finalización de la instalación de las pinturas murales románicas en el Museu de la Ciutadella, acontecimiento al que Eva March dedica una larga descripción. La precisión con la que retraza todos estos procesos es sin duda uno de los puntos fuertes de esta monografía.

Merece también destacar cómo a lo largo de su estudio Eva March insiste en la especificidad de las instituciones museísticas catalanas no solo frente a las del Estado, sino frente a las de otros municipios españoles que, a diferencia de Barcelona, gozaron del respaldo de la Administración central. En Barcelona, los museos contaron con el apoyo de las autoridades locales y, para la autora, eran fruto en gran medida de la iniciativa privada de la sociedad civil catalana –de su vitalidad y su ambición– por dotarse de instituciones que la acercaran a la capital española u otras grandes ciudades europeas. Eva March lo señala desde las primeras páginas del libro: en cuestiones artísticas –como en otras– Barcelona se veía forzada a depender de su propio impulso y de sus recursos. Es una paradoja que este margen de autonomía –consecuencia del desinterés del Estado– hiciera patente a la vez el empuje local y la precariedad de las instituciones, obligadas como estaban a reaprovechar y ocupar caducas instalaciones cuando en muchos lugares de Europa se erigían modernos conjuntos museísticos.

El presente trabajo se ha basado en la recopilación y el análisis de fuentes, en particular documentación institucional, pero también publicaciones periódicas. El archivo y la hemeroteca han sido pues los espacios reales y simbólicos de una investigación esmerada que se hace patente desde las primeras páginas. Eva March ha conseguido dominar la prolija documentación generada por la Junta de Museus, especialmente las actas de sesiones, los dictámenes e informes, así como la correspondencia administrativa y privada; a la vez, ha sido capaz de ordenar en un conjunto estructurado y equilibrado el material recogido en periódicos, anuarios y revistas como *La Veu de Catalunya* y la *Gasetta de les Arts* entre otros. Este carácter exhaustivo y consistente, al que debe añadirse un sólido aparato crítico y una bibliografía puesta al día, confiere a la investigación una credibilidad científica indiscutible.

La monografía de Eva March maneja una serie compleja de datos, fechas y hechos relativos a la Junta de Museus en un trabajo coherente con los fines que se ha propuesto. El lector está ante un volumen que describe un periodo y unas circunstancias específicos en la historia de los museos de Barcelona y su funcionamiento: se halla, por tanto, ante una monografía que calificaríamos de «expositiva» –o factual en exceso– y no ante un texto interpretativo. En cierto modo, el afán por reconstruir los pormenores de las sesiones y las posturas de sus protagonistas, en definitiva la propia erudición del texto, llega a abrumar al lector. Esta cercanía a las fuentes, bajo forma de reescritura o de resumen, remite a la condición original de tesis doctoral de la que Eva March no ha logrado desprenderse del todo. A modo de ejemplo citaremos el último, y extenso, capítulo dedicado a las obras incorporadas a las colecciones, el que más se

resentiría de ello. Una parte importante del texto cataloga siguiendo un criterio cronológico los nuevos ingresos de obras, ya sea por adquisición, donación, legado o depósito, cuyo lugar correspondería mejor al de un anexo al libro. Es cierto que en las páginas dedicadas a las «adquisiciones excepcionales» –las pinturas románicas y el retablo de Sant Agustí de Jaume Huguet–, como también en el conjunto del capítulo en sí, destaca el esfuerzo por homogeneizar y racionalizar la información recopilada. Sin embargo, cabe preguntarse si la enumeración ordenada de unos datos positivos es suficiente en sí, y si no debería reclamarse de la autora un paso más allá, alejándose de lo inmediato de sus materiales, para interrogarlos desde la distancia con espíritu de síntesis, e interpelarlos con mayor ambición crítica. La conclusión del trabajo habría sido el lugar pertinente donde plantear este acto de reflexión, pero las observaciones que lo cierran no son concluyentes y, paradójicamente, encontrarían mejor acomodo en la introducción.

Así, el estudio de Eva March, insoslayable como referencia para futuros estudios, adolece de una labor pendiente que no es otra que la interpretación de lo mucho y nuevo que descubre al lector. Esta habría aportado un análisis discriminado, unos criterios precisos con los que abordar una serie de cuestiones pertinentes que el trabajo suscita. Se ha mencionado más arriba la relevancia que la autora otorga a la relación entre la Junta de Museus y su circunstancia política, pero no hallamos una problematización real de este tema esencial y sí un sesgo a veces maniqueísta. Dudamos de la condición de sujeto político que Eva March concede a la «dictadura primorriverista» en varias ocasiones, como si tras ella no hubiera individuos con intereses concretos económicos y de clase. Del mismo modo, habría sido interesante indagar más a fondo cómo la evidente heterogeneidad de la sociedad catalana del momento, en términos ideológicos y sociales cuanto menos, se refleja en el funcionamiento y las decisiones de la Junta. En este sentido, la autora ha obviado abordar varios aspectos de calado ideológico importante, desde cómo interpretar los criterios de adquisición de obra contemporánea, catalana y no vanguardista, hasta analizar lo que realmente está en juego tras el rechazo de la donación de los *Tres Nus* de Josep de Togores. Ello habría aportado también claves para interpretar las posturas de las diferentes instituciones oficiales y museísticas frente a la Exposición Internacional de 1929, consagración cosmopolita de la ciudad de Barcelona. En estos casos la ciudad actuaba de modo prácticamente opuesto al de capitales europeas a las que pretendía emular. Una visión comparatista con otras realidades internacionales sobre este y otros puntos hubiera sido una aportación bienvenida. Queda, por último, la cuestión ideológica de la especificidad catalana vinculada a la creación de un «museo nacional para un arte nacional»: el museo imaginado por Joaquim Folch i Torres. Ello remite de forma transparente a una concepción del museo como artefacto ideológico, como institución en la que se fragua y se articula una identidad –nacional, social, política–, institución potente que la proyecta en la esfera pública. La discusión de estos vínculos que unen el arte y sus instituciones a la política y la ideología está sin duda presente en la monografía de Eva March, aunque de modo latente, en un recatado segundo plano.

Con todo, el trabajo de Eva March destaca por su honestidad intelectual: cumple con rigor y coherencia con los objetivos que se había propuesto, que no son otros que los de documentar la naturaleza y el funcionamiento de las instituciones artísticas de Barcelona en un momento de extrema

ambivalencia. Esta generosa investigación sienta las bases sobre las que podrán elaborarse futuros estudios. Vale pues insistir en que se trata de un volumen insoslayable para quienes aborden temas referidos a proyectos museísticos en Catalunya y en España en la primera mitad del siglo xx.

